

EDITORIAL

## CULTURA MEDICA POPULAR

La medicina popular, en su más amplio sentido es y ha sido la raíz más primitiva de la medicina y al mismo tiempo la más permanente. Con esta medicina extracientífica, mágica, empírica, atada a conceptos religiosos y supersticiones, práctica habitual de aficionados, curanderos, ensalmadores, brujos y shamanes, se cumple dentro de la medicina la conocida ley que preside esa eterna contraposición en todas las ramas del saber, formada por el mito y la ciencia.

El mito, la creencia, el conocimiento adquirido por observación empírica o por quimera fabulosa, es un acompañante eterno de la humanidad, de persistencia continua, transmitido de generación en generación y aunque sufre modificaciones, conserva siempre su fuerza de transmisión y su esterilidad de progreso y creencia. Su oponente, el conocimiento científico, es efímero y constantemente evolutivo; la ciencia auténtica, única forma por donde puede progresar el verdadero conocimiento de la verdad natural del hombre y su medio, la razón del avance tecnológico y el fruto más excelso y fecundo del pensamiento humano,

tiene siempre una vida corta. Apenas el científico se apodera de una verdad, descubre un hecho cierto, una realidad que parece incontrovertible, cuando otra inteligencia, igualmente disciplinada en el quehacer de la ciencia, estudia, experimenta, ensaya sobre el mismo tema, lo hace progresar, lo mejora, en ocasiones hasta lo destruye, para ofrecernos una nueva versión más adelantada, más exacta y mejor de lo que hasta entonces había sido nuestra verdad científica. Son los eslabones de una cadena interminable en la que cada día se elabora un nuevo tramo que envía hacia atrás lo que ayer lució en primer término y con el tiempo y el progreso llegará a olvidarse. El mito es estático, la ciencia evolutiva.

Existen dos medicinas, una mítica, popular, estática en sus formas, efectiva en su medio y prácticamente inalterable a través de los siglos; y otra medicina, la nuestra, en evolución científica continua y cada vez más acelerada. El paso de nuestros conocimientos médicos actuales, de los progresos técnicos y científicos de nuestra profesión, es casi imposible de ser seguido, incluso, para el mejor médico capaz de poseer la más depurada técnica y la mejor información.

Las dos medicinas coexisten, las dos tienen su utilidad en el medio en que se practican y las dos están condicionadas a la circunstancia de su realidad. Nosotros vivimos sumergidos en la medicina científica, técnica, progresiva, en la de evolución acelerada, la conocemos y la practicamos todos los días. Pero a más de las dos terceras partes de la humanidad sólo llega la otra medicina, la mítica, la del ensalmo o el conjuro, la tradicionalmente estática, la que ejercen individuos que

conservan técnicas milenarias prácticamente inalteradas, —el poder de la palabra, la mano curativa, la planta terapéutica recogida en su momento adecuado y propicio, el calor, la infusión o el unto— tan antiguas como la humanidad misma, y tan actuales como los antibióticos o los compuestos radiactivos. Pero he aquí lo más sorprendente. Por encima de estadísticas, de computaciones o de censos, siempre favorables a la medicina científica, todos los métodos curanderiles tienen una elevada efectividad que depende de factores muy diversos, a veces imponderables y en ocasiones ajenos a la propia técnica del que los emplea, pues están condicionados al medio, a su utilidad intrínseca, a la fe del que los aplica y de quien los recibe.

El tema es extensísimo y está muy debatido y estudiado, no sólo por médicos, sino por antropólogos y etnólogos. Pudieran distinguirse tres momentos de esta historia médica extracientífica. La medicina de un pueblo que no conoció nuestro juego científico y se manejó con magia y empirismo. La de nuestros contemporáneos, todavía con nivel cultural primitivo, aunque en ocasiones habiten a escasos kilómetros de grandes centros médicos modernos, que sin embargo, mantienen todavía la vieja tradición milenaria en el arte de curar; y finalmente la medicina que, fuera de nuestras normas científicas, convive y ha convivido hasta hoy estacionaria en sus métodos y técnicas, como patrimonio ancestral de mentes no evolucionadas, aunque en su vida externa y aparente las consideremos incorporadas a nuestra siempre progresiva civilización.

GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS †